

en su principio se hizo á un tipo conveniente. Autoriz6se como moneda corriente el uso de los sellos de correo y de comercio esperando la creaci6n de los *greenbacks*, asignados que hoy tienen el valor del oro.

Con estos recursos compr6 el Gobierno armas en el extranjero, 6 hizo pedidos á la industria particular que se puso á trabajar sin descanso.

El Ministro de Marina reuni6 los buques que estaban de servicio, compr6 y acondicion6 buques de comercio que fueron convertidos en buques de guerra, y el 19 de Abril de 1861 el Presidente proclam6 el bloqueo de todos los puertos de los Estados separatistas.

Todo esto no bastaba. Los americanos, especialmente los del Norte, no eran un pueblo militar, aun cuando en alguna ocasi6n se les hubiese visto mostrar ciertas cualidades guerreras. El ej6rcito regular era insignificante, sus mejores oficiales pertenecian al Sud; doscientos cincuenta y nueve de los cuales se habian pasado á las filas de los rebeldes.

Asi que fu6 conocida la toma del fuerte Sumter, se consider6 como una cuesti6n nacional la formaci6n de un ej6rcito encargado de defender la Constituci6n.

El dfa 15 de Abril, siguiente al del bombardeo, di6 Lincoln un manifiesto en el que pedia á los gobernadores de los diferentes Estados, proporcionaran, para un servicio de tres meses, setenta y cinco mil hombres, destinados á contribuir á la reocupaci6n de los fuertes, arsenales y otras propiedades federales de que se habian apoderado los separatistas.

El 3 de Mayo, despu6s de la toma del arsenal de Harper's Ferry, en Virginia, el Presidente hizo un nuevo llamamiento de cuarenta y dos mil voluntarios para un servicio de tres a6os 6 para la duraci6n de la guerra y aument6 de veintid6s mil setecientos catorce hombres el contingente de ej6rcito, y de diez y ocho mil el de la marina.

A 6ltimos de 1861, los Estados Unidos habian alistado cerca de seiscientos cuarenta mil hombres sin comprender los setenta y cinco mil de milicia llamados en Abril, que habian sido licenciados despu6s de tres meses de servicio y veinte mil hombres del ej6rcito regular.

Pero no todo consistia en haber levantado grandes ej6rcitos. ¿Quien iba á ponerse al frente de ellos? Era indudable que por la Constituci6n, Lincoln se encontraba con el mando en jefe de las fuerzas de mar y tierra; mas aun cuando durante

tres meses hubiese guerreado contra el Halc6n Negro, no por esto se creia un gran capitán y confi6 la direcci6n suprema de las operaciones al general Scott, el vencedor de M6jico.

Este, demasiado viejo y achacoso para dirigir personalmente la campafia, comprendi6, ante la gravedad de los sucesos, la necesidad de remitir á manos mäs firmes, hábiles y seguras la ejecuci6n de sus planes, 6 hizo que el Presidente Lincoln ofreciera el mando efectivo del ej6rcito federal á uno de los oficiales superiores que mäs se habian distinguido en la guerra de M6jico, á su amigo el coronel Roberto Lee, de la Virginia, acampado en aquel momento entre los indios de Tejas y al cual se hizo llamar con toda urgencia á Washigton.

Detengámonos un momento ante la imponente figura del noble defensor de Richmond, menos á causa del papel militar que desempe6 en la guerra civil, que para mostrar en su persona al representante de lo que hubo de respetable en la causa del Sud, es decir aquel patriotismo de estado, que habia sido el primer obstáculo para la Uni6n y amenazaba a6n romperla, contra el cual era justo luchar, pero que es imposible no respetar, cuando se encarna en ciertas almas verdaderamente grandes, sinceras y desinteresadas. A este n6mero pertenecia Roberto Lee.

Lincoln todo lo sacrificaba á la Uni6n y á la Constituci6n: Lee por el contrario, era virginiano antes que ciudadano de los Estados Unidos.

Recuérdese el humilde origen del primero, su pobre vivienda, su infancia, sus penosos trabajos. Roberto Lee, por el contrario, era un verdadero arist6crata.

Los Lee, de Virginia, descendian de una antigua familia de Inglaterra, cuyos bienes patrimoniales estaban situados en el Essex. En 1192 encontramos un Lionel Lee, al frente de una compafia de caballeros, acompa6ando á Ricardo Coraz6n de Le6n en la tercera cruzada. Distinguese de tal manera en el sitio de San Juan de Acre, que á su regreso, Ricardo le crea conde de Letchfield y le da la propiedad de Ditchley; nombre que llev6 como recuerdo una de las propiedades de Lee en Virginia.

Aun puede verse en el dfa en la torre de Londres la armadura que llevaba Lionel en Tierra Santa. (Si queris un recuerdo de las haza6as de Lincoln, es preciso ir á Palent-Office, en Washigton, en donde se conserva un modelo de navio inventado y construido por el honrado Abe, cuando era le6ador y batelero.)



JEFES NAVALES DE LA UNIÓN AMERICANA

Bajo Isabel, sir Enrique Lee era caballero de la Jarretiére y el título de Conde, en 1674 se conservaba aún en la familia.

Un Ricardo Lee vino á Virginia bajo el reinado de Carlos I, como secretario de la colonia, y sus descendientes desempeñaron un gran papel, en la guerra de la independencia. Uno de ellos, el general Enrique Lee, contemporáneo y amigo de Wáshington, prestó grandes servicios en las operaciones que produjeron la rendición del ejército de lord Cornwallis. Gobernador del ejército de Virginia y miembro del Congreso, pronunció la oración fúnebre de Wáshington.

En Stratford, condado de Westmoreland, fué donde nació Roberto Lee, tercer hijo del precedente, el 19 de Enero de 1807, en una morada que en nada se parecía á la cabaña de Thomas Lincoln.

La casa de Stratford no estaba formada de madera de la selva. «Los ladrillos de que estaba construida, las ensambladuras y el mueblaje, todo venía de Inglaterra. La distribución de las piezas, el estilo del maderaje y de las molduras, todo nos volvía al tiempo de las pelucas empolvadas y de las medias de seda.

» Tres generaciones de caballeros habían pasado por allí y el niño creció rodeado de retratos, de pergaminos y de recuerdos que le señalaban su origen antiguo y la elevada alcurnia de los suyos.

» El niño veía en una de las habitaciones de la casa á su padre enfermo y encanecido, el que no ha mucho era el amigo de Wáshington y de Cree- ne, escribiendo el relato de las batallas en que había desenvainado su espada.»

Roberto Lee nunca se vió obligado como Lincoln á segar durante tres días los prados de un maestro de escuela, para poder á su vez leer la vida de Wáshington: quizás es esta la razón que hizo que el aristócrata comprendiese menos que el hijo del pueblo en dónde estaba el deber de un leal ciudadano el día en que estalló la guerra civil.

Ambos por tanto invocan en sus cartas y discursos el recuerdo de *padre de la patria*, ó para mejor decir, parece que evocan su grande espíritu y le piden inspiraciones y consejos.

He aquí lo que escribía Lee, desde Fort-Mason (Tejas) el 23 de Enero:

«Recibí la *Vida de Wáshington* por Everett. ¡Cuánto sufriría ese portentoso genio si viese el naufragio de lo que á tanta costa había fundado! Me resisto sin embargo á creer, en tanto quede un rayo de esperanza, que todos los frutos de esa bella existencia estén destinados á perecer y que sus sa-

bios consejos y el ejemplo de sus virtudes, deban ser olvidados tan fácilmente por sus conciudadanos. Por lo que puedo juzgar por los diarios, nos hallamos en plena anarquía y en vísperas de una guerra civil. ¡Quiera Dios alejar de nosotros esas dos calamidades! Muchos años deberán transcurrir para que los hombres sean bastante cristianos para prescindir de leyes severas y de acudir al uso de la fuerza. Veo que cuatro Estados se han retirado de la Unión: otros cuatro parece que van á seguir su ejemplo. Si los Estados fronterizos se ven á su vez arrastrados, la mitad del país estará frente á frente de la otra mitad. Me precisa ponerme en expectativa y aguardar el fin, porque nada puedo hacer ni para apresurar ni para retardar los acontecimientos.»

El fin que aguardaba Lee, era ver el partido que tomaría en el conflicto, la Virginia, que fué la última en separarse de la Unión. Verificada esta separación, Roberto Lee creyó que era su deber asociar su destino al de su país natal y rechazó las ofertas de Lincoln y del general Scott.

«Mi esposo ha derramado lágrimas de sangre en esa desdichada guerra, escribió Mme. Lee á una amiga: mas como hombre y como virginiano debe participar de la suerte de su Estado, que solamente se ha pronunciado por su independencia.»

Es necesario fijarse bien en los términos de esta carta: no era la esclavitud, sino la independencia de su Estado lo que Lee se creía obligado á defender. No participaba de ninguna de las teorías políticas de Jefferson Davis y de Alejandro Stephens, que querían hacer de la servidumbre humana la piedra angular de la nueva república. Sus ideas sobre este punto están claramente manifestadas en una carta escrita en 1856: «Creo, decía, que pocas personas en este siglo ilustrado dejarán de reconocer que la esclavitud es un mal moral y político en cualquier país. Inútil es extenderse sobre todo lo que hay de malo en ella. A mis ojos la raza blanca sufre aun más por su causa, que la negra...»

Opinaba, sin embargo, que estaba prohibido por las leyes atacar esta institución y que era preciso esperar del tiempo el remedio á un mal tan profundo.

«Dándonos cuenta, añadía, de que la abolición eventual y definitiva de la esclavitud se halla en buen camino, y dando á esta buena obra el auxilio de nuestras oraciones y de todos los medios honrados y justificables que de nosotros dependen, nos es preciso dejar el resultado entre las manos de Aquel que ve el fin de todas las cosas, que pre-

fiere obrar por influencias lentas y para quien dos mil años no son más que un día.»

Los verdaderos motivos que decidieron la conducta del coronel Lee, se vuelven á encontrar aún en la siguiente carta dirigida á su hermana mayor, cuyo marido tenía opiniones marcadísimas en favor del Norte:

«Arlington (Virginia), 20 de Abril de 1861.

«Hoy nos encontramos en plena guerra y ya no hay remedio. Bien sea que no previese yo la necesidad de este estado de cosas, bien que lo hubiese tolerado hasta el fin para obtener justicia y convenirme de que las quejas eran ó no fundadas, era preciso que me decidiera á tomar las armas contra el Estado ó á colocarme á su lado. Luego á pesar de todos mis desvelos por la Unión y mis sentimientos de lealtad como ciudadano americano, no he podido resolverme á levantar la mano contra mis deudos, contra mis hijos, contra el lugar de mi nacimiento...»

Esto en Lee era no sólo una cuestión de sentimiento, sino un verdadero punto de derecho. Estaba convencido de que cada Estado al retirarse de la Unión arrastraba consigo á todos sus ciudadanos, siendo por consiguiente el Estado responsable y no los individuos. De lo que sacaba por consecuencia que el acta de segregación, así como los demás decretos del Estado que habían producido las hostilidades entre éste y el Gobierno central, autorizaban á los ciudadanos para hacer armas contra los Estados Unidos.

Envió Lee su dimisión de coronel del ejército federal, que fué aceptada el 20 de Abril. Algunos días después, el Gobierno de Richmond le colocaba á la cabeza de todas las tropas virginianas.

En Mayo de 1861 el general Lee contaba cincuenta y cuatro años. Todas sus facultades habían llegado á su completo desarrollo. De aventajada estatura conservaba aún en esa época la apostura un poco tiesa, proveniente de su educación militar; mas poco á poco cambió su aspecto y tomó un aire grave y reflexivo, resultado de la pesada responsabilidad del mando en jefe. Las rudas pruebas de la guerra civil no habían aún encanecido sus cabellos. Su bigote era negro; el resto de la barba lo llevaba afeitado. Sus hermosos ojos de un azul claro, llenos de dulzura y de bondad, brillaban bajo sus negros párpados. No podía encontrarse esa mirada sin que inspirase simpatías. De una temperancia casi absoluta, con rareza bebía otra cosa que agua y guardaba completa indiferencia por lo que comía. Nunca exceso alguno había debilitado su robusto vigor.

Grave, taciturno, encerrándose en sí mismo, daba, á quien por primera vez le veía, la idea de un hombre dotado de escasa sensibilidad. Su sinceridad, su franqueza en todas las circunstancias, su grande y generoso corazón lleno de honradez y de una sencillez admirables, sólo pudieron ser conocidos durante la guerra.»

El plebeyo Lincoln iba, pues, á tener por adversario al más noble de los aristócratas, adversario digno de él, porque Roberto Lee fué el representante de más capacidad y mayor virtud de la aristocracia americana.

Desde la elevación de Abraham Lincoln á la presidencia, mézclase su historia con la general de los Estados Unidos, de tal modo, que el autor de este libro, para darla á conocer debidamente, debería relatar circunstanciadamente todas las peripecias de esta gigantesca guerra civil, que termina con la sumisión del Sud, y la emancipación de los esclavos. Demasiado extenso es el asunto para el cuadro que nos trazamos, pues sólo entra en nuestros designios mostrar al hombre honrado y al insigne ciudadano. Así, pues, no esperen los lectores hallar en la última parte de este libro más que aquellos hechos políticos y militares que pueden contribuir á mejor apreciar el carácter y la conducta del humilde carbonero, elevado á la suprema magistratura de su país, después de haber pasado por todos los grados de la gerarquía social.

Políticamente considerada, divídese la lucha en dos distintos períodos.

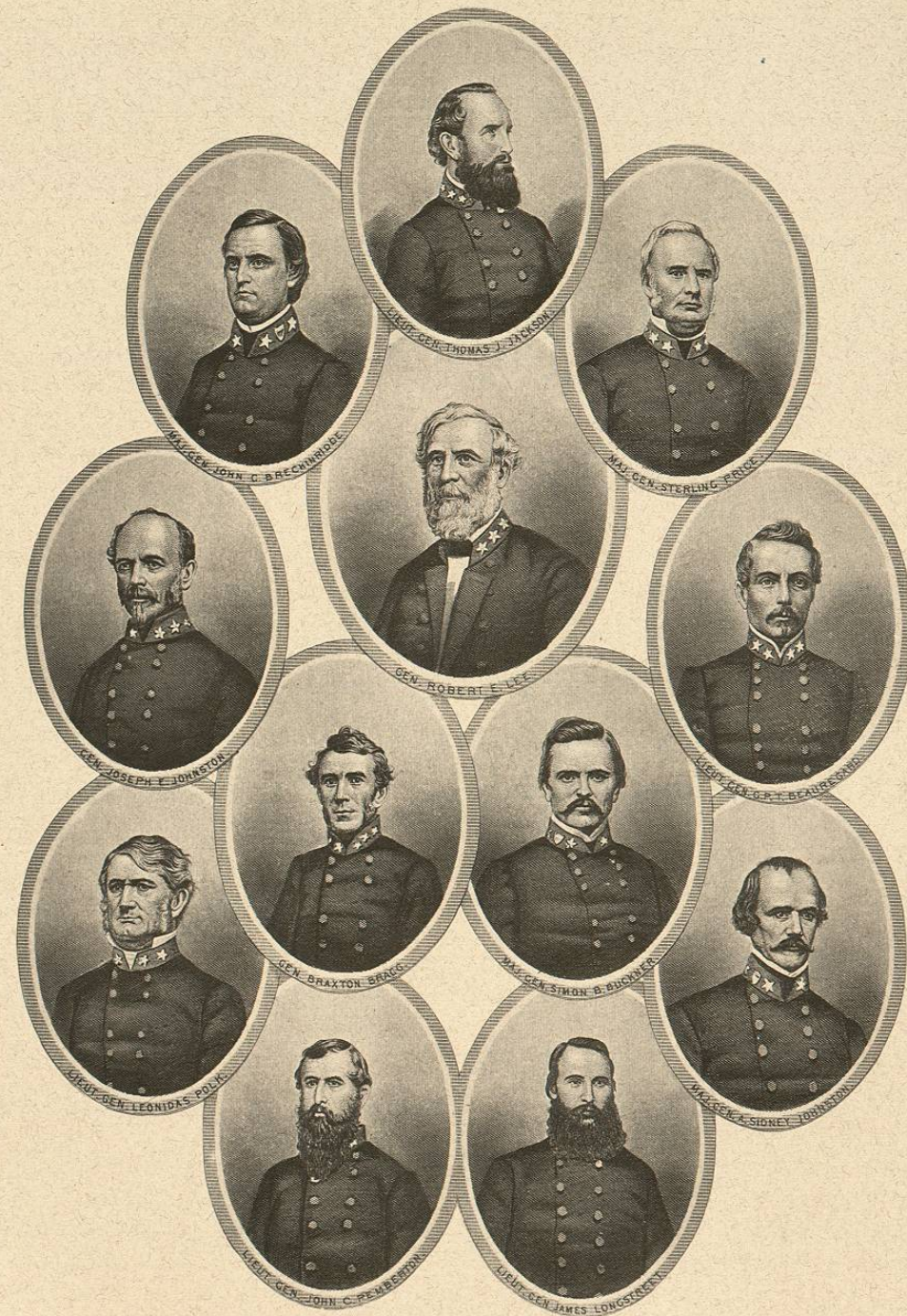
En el primero, fiel por completo á los compromisos contenidos en su manifiesto de 4 de Marzo, no busca otro objeto en la fuerza de las armas, que el de hacer entrar de nuevo en la Unión á aquellos Estados que de ella se habían salido, rechazando la menor idea de inmiscuirse en la institución de la esclavitud.

Pero, tras de dos años de sangrientas luchas, perdida totalmente la esperanza de que los Estados del Sud entren de nuevo en la Unión, el Gobierno considera como una medida de guerra necesaria en sí é indispensable á la salvación pública, la confiscación de esclavos que á primeros de Enero pertenecieran á personas levantadas en rebelión.

El 23 de Septiembre de 1862 anuncia Lincoln esta resolución en una proclama, que lleva el siguiente epígrafe, que ha alcanzado la celebridad:

«Disposiciones para ahogar la insurrección, castigar á los rebeldes y traidores, coger y confiscar los bienes de los rebeldes y demás fines.»

El día 2 del siguiente Diciembre en su acostum-



GENERALES DE LA CONFEDERACIÓN AMERICANA